

2

BIBL

SI-MUSEUM

Set

no

C  
28  
275 (2)

0  
1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15

B. 36. 426

C. D. 86-3

# EL MONO

POR

ENRIQUE GASPAR

|                          |        |
|--------------------------|--------|
| BIBLIOTECA UNIVERSITARIA |        |
| - GRANADA -              |        |
| Sala                     | C      |
| Estante                  | 49     |
| Número                   | 60(12) |



GRANADA:

Imp. de EL PUEBLO, San Pedro Mártir, 5  
1896

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL  
GRANADA

Señal:

C

Signos:

002

Vols:

073 (2)

B. 36. 426

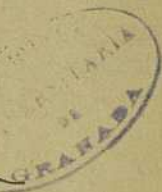
C. D. 86-3

# EL MONO

POR

ENRIQUE GASPAR

|                          |        |
|--------------------------|--------|
| BIBLIOTECA UNIVERSITARIA |        |
| - GRANADA -              |        |
| Sala                     | C      |
| Estante                  | 49     |
| Número                   | 60(12) |



GRANADA:

Imp. de EL PUEBLO, San Pedro Mártir, 5  
1896

4495

EL MUNDO

703

DONADO Á LA BIBLIOTECA  
UNIVERSITARIA DE GRANA-  
DA POR ☩ ☩ ☩ ☩ ☩ ☩  
FRANCISCO LUIS HIDALGO  
Y RODRÍGUEZ, EN MEMORIA  
DE LA POETISA GRANADINA  
D.<sup>a</sup> ENRIQUETA LOZANO. ☩

GRANADA

LIBRERIA DE DON JUAN DE LOS RIOS

1885



---

## EL MONO

---

Confieso, señores, que me humilla convenir con Darwin en que yo pueda ser una derivación de aquel cuadrumano; pero cuanto más profundizo la cuestión, más me convenzo de que la analogía entre ambos me obliga á formular este dilema: ó elevarlo á la categoría de prójimo mío, ó descender á la de su congénere.

Dejandó á los naturalistas y á los fisiólogos que debatan científicamente la cuestión, yo voy á tratarla con la lógica contundente del sentido común.

¿Cuál es la propiedad característica del mono? La imitación. Pues á medida que entro en mí mismo y me estudio y

descompongo los átomos de mi existencia, mayormente me confirmo en que desde mi más tierna edad yo no he venido procediendo sino por espíritu de imitación. Prueba al canto.

Nueve veces había yo visto aparecer á los reyes magos por el oriente de mi vida, con lo que dicho se está que aún contaba mis años por números dígitos, cuando me fumé el primer cigarrillo formal al que precedido habían sus avanzadas de anís y sus exploradores de «túnica de Cristo». Lo adquirí merced á un cambalache de higos secos que hice con un muchacho de mi escuela, quien á pesar de no haber hecho sino traspasar el límite de su segundo lustro, era ya maestro en tragarse el humo y en devolverlo por las ventanillas de las narices. Aquella gimnasia respiratoria producía en mí un entusiasmo loco. Llegar á mi casa, encerrarme en el único sitio vedado á la inspección materna, y encender mi pitillo con un fósforo de cartón, pues el chasquido del de cerilla hubiera podido venderme, obra fué de un breve instante.



Chupé, abrí la boca para aspirar aquella nube de humo y... yo creí que me ahogaba; la fuerza de la tos hinchaba las venas de mi frente, las lágrimas no me dejaban ver, y un sabor acre y nauseabundo se apoderó de mi paladar y de mi lengua, que yo rascaba con mis uñas como á caballo con almohaza. Insistí, sin embargo; y no obtuve resultado más satisfactorio. A la tercera tentativa ya las gotas de sudor producidas por el mareo me obligaron á salir de mi madriguera en demanda de auxilio. Mi madre, al verme palido y descompuesto, se puso como todas las madres cuando se asustan; pero así que olido me hubo y confirmado sus sospechas con una revista de inspección al teatro de mi hazafia, donde aún se veían flotar algunos tenues vaporcillos, desnudóme con el doble objeto de meterme en la cama y propinarme á carne limpia una ración de azotes, que, de buena gana hubiera yo cambiado por la de mis higos secos. Por supuesto, que me quedé sin cenar y que al otro día aún andaba yo haciendo eses por el cuarto.



Este fué mi estreno y creo que haya sido el de todos los fumadores.—¿Pues creen ustedes que escarmenté? Nada de eso; volví á la carga y seguí mareándome y encontrando el tabaco detestable y llevando azotainas, hasta que logré echar el humo por las narices, como mi condiscípulo, y crearme un vicio que me cuesta hoy muy buenos cuartos; pero á los once años ya fumaba yo de veras, aunque de ocultis, y me pavoneaba por la Universidad con un chicote de á terciá, diciéndome para mis adentros:—Yo soy un hombre—cuando no era más que un mono de imitación.

Yo apelo al testimonio de todos los que lean. Vamos á ver: ¿qué necesidad de amar ni qué noción del amor puede tener un rapazuelo semejante? Ninguna; y sin embargo, ¿no es verdad que ustedes, como yo, al salir de la clase del primero de latín, pasábamos por determinada calle porque fulanita ó menganita nos esperaba en el balcón con su muñeca en brazos y merendando pan y queso? ¡Vaya si lo han hecho ustedes! Por más

señas, que si al revolver la esquina atisbábamos á la mamá, bajámos la cabeza como un doctrino y aún nos guarecíamos debajo de las repisas de los balcones; operación que se trocaba en fuga vergonzosa, si en vez de cabeza con topo era nariz bigotuda la que se erguía sobre la balaustrada; porque el mono tiene miedo del hombre.

Lo grave es que crecemos imbuídos de este espíritu de imitación y concluimos por proceder sícicamente en los actos más serios de la vida.

Tomemos un lance de honor:

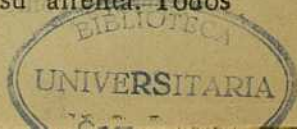
Al pasar por una calle, A... pisa sin querer á un transeunte.

—¡Bárbaro!—dice el paciente al callida;—pues no se comprende pisotón sin protuberancias en los pies.

—Bárbaro, no—contesta el interpelado—y espero que retire usted esa palabra.

—Pues no la retiro.

Y las tarjetas se cambian, y A... corre en busca de dos padrinos que pidan á B... satisfacción de su afrenta. Todos



están conformes en que de no haber retractación se necesita un duelo á muerte, pues el honor está de por medio; cuando por un sarcasmo del destino resulta que B... es el cocinero de uno de los padrinos que, montado á lo caballero, se permita usar tarjetas y todo, y se acabó; ya no hay duelo posible, sopena de cometer un desaguisado. El honor ofendido ya no es el honor ofendido, ó lo que es lo mismo, para la palabra bárbaro tiene una acepción el estrado y otra es la cocina.

Y esto me recuerda un cuento, que por venir ajustado voy á referir á ustedes.

Un médico ignorante que por primera vez asistía á una epidemia colérica, no sabiendo cómo combatir la enfermedad, determinó hacer experiencias prácticas sobre sus propios clientes, y al efecto apuntaba en un libro de memorias los caracteres y los resultados del mal en sus enfermos. Cierta día llegó á casa de un sastre á quien había desahuciado la víspera, y como lo encontrase convale-



ciente, preguntó con sorpresa á su mujer por qué medios había recobrado la salud su marido.

—Señor—le respondió ella—así que se fué usted se le ocurrió comerse una docena de sardinas asadas, y como le creí perdido, se lo consentí diciéndome: á Roma por todo. Y ya ve usted qué listo está, gracias á Dios.

Y al momento el Hipócrates escribió «sardinas» en su cartera.

Llamáronle acto continuo para asistir á un herrero que en la casa de junto acababa de ser atacado, y apenas le reconoció:

—Sardinas asadas—exclamó con profundo convencimiento...

—Pero, señor...

—Nada, nada. Una docenita y usted verá.

Al día siguiente volvió; pero el paciente había tenido á bien morir.

Entonces se puso un dedo en la frente, y, sacando su memorándum del bolsillo, escribió con mano segura:

—Sardinas asadas. Buenas para los sastres; malas para los herreros.



Dice el refrán: «¿Adónde va Torren-  
te? Adonde va la gente.» Y en efecto,  
así somos; hacemos lo que vemos hacer,  
sin tomarnos el trabajo de reflexionar si  
procedemos ó no con lógica, y ponién-  
donos muchas veces en contradicción  
con nosotros mismos.

Por ejemplo: un padre ve llegar á su  
chiquitín llorando y huyendo de un su  
aniguito que le acaba de propinar unos  
cuantos pescozones, y esclama indigna-  
do:

—¡Cómo se entiende! ¡Cobarde! Los  
hombres no tienen miedo de nadie ni de  
nada. Si alguien te pega, pégame tú tam-  
bién.

Y se queda tan satisfecho, diciendo  
para sí:

—Haré de él un valiente.

Llega la noche, y con ella los rezos y  
los preceptos morales; y entre otras má-  
ximas le repite aquella de:

—Si tu mejilla izquierda recibe un bo-  
fetón, pon la derecha para recibir otro.

Y sin considerar que el chico ha de  
quedarse fluctuando entre este consejo y



el de por la mañana, se acuesta muy convencido de que es un gran padre y exclama:

—Haré de él un santo.

Y efectivamente, el chico sale agua con vino, que ni es vino ni es agua, siendo agua y vino; pero no importa, su padre ha hecho lo que vió hacer al suyo y todo va bien.

En fin, señores, yo creo que el espíritu de imitación falsea hasta las nociones de la virtud, y si no fijense ustedes en este detalle.

Por la mañana estamos de visita en casa de una amiga nuestra. De repente la señora da un grito, y, llevándose la mano á dos dedos por debajo de la clavícula, desaparece para volver á los pocos momentos.

—Dispénsenme ustedes—nos dice,—y gracias á la franqueza con que nos honra, sabemos por ella misma que la causa de su desaparición ha sido un arañazo que se ha inferido con un alfiler que llevaba prendido ea el camisolín.

—Me ha hecho un rasguño atroz.

—¿A ver?—exclamamos nosotros inocentemente.

Sus mejillas se tiñez de un rubor sonrosado, y, fingiendo no haber oído, da un sesgo á la conversación.

Por la noche nos encontramos en un baile.

—Miren ustedes la herida—nos dice ingenuamente levantando uno de los eslabones de brillantes de su collar.—Y entonces nos apercibimos de que desde el arañazo hasta el escote queda aún más distancia que la que media entre el rubor de la mañana y el «sans facons» de la noche, y nos convencemos de que una señora que observa las leyes del pudor estrictamente con el más íntimo de sus amigos, autoriza, por la sola razón de la costumbre, á decir al que la ve por vez primera en un baile:

—¿Fulanita? Sí; la conozco á medias.

Porque lo notable es que tan convenida estaba de proceder bien recatándose en la visita, como exhibiéndose en el salón, pues en uno y otro caso imitaba lo que había visto, y así se ponía el rubor

y se quitaba traje, sin conciencia de lo que hacía, como aquel aficionado á hacer comedias que, debiendo tomar parte en un drama, pidió á D. Julián Romea una armadura, protestando que la cuidaría mucho y que él mismo se la devolvería al día siguiente de la representación. Así lo hizo en efecto, dándole mil gracias por su amabilidad; pero Romea, no pudiendo darse cuenta de lo que había presenciado, le dijo:

— ¡Hombre! Quisiera que me explicara usted una duda con que lucho.

— ¿Cuál?

— Yo estuve anoche en el teatrillo donde se ejecutó el drama en cuestión.

— Ya lo sé; y la Sociedad le queda á usted muy reconocida.

— Bien, insistió Romea; pero es que me quedé hasta el final, y ni le ví á usted ni á mi armadura. ¿No tomaba usted parte en la obra?

— Si, señor.

— Pues entonces...

— Diré á usted... ¿Recuerda usted una voz que en el acto segundo dice desde

dentro: «¡Alerta, alerta!» Pues ése era yo.

Allí donde dirijamos la vista, encontraremos al hombre haciendo el simio. Se pone en moda la música clásica y vamos al teatro del Príncipe Alfonso, á admirar las matemáticas del contrapunto, gentes que apenas si sabemos en cuestión de armonía que dos por dos hacen cuatro.

Se nos muere un pariente que nos lega su fortuna y, aunque estemos más alegres que unas castañuelas, nos arrimamos la correspondiente funda en el sombrero, para que vean los demás por su tamaño los grados que alcanza en nuestro sentimiento el termómetro de la gasa.

Porque los otros lo hacen, pasamos repentinamente de los calzones húsar, las levitas hasta los botillos y el sombrero de anchas alas y copa cónica, al pantalón colán ó «collant», que también lo sé escribir en francés, las casaquillas hasta donde el espinazo pierde su nombre y las flnerisas con un dedito de borde y remate de trabuco.



En fin, si á hacer deducciones fuera, sería el cuento de nunca acabar, y prefiero terminar con uno que sirva de síntesis á lo expuesto.

Dícese que un labrador rico, pero ignorante de las usanzas del gran mundo, fué elegido diputado. Llegó al Congreso, y como observase que todos sus colegas llevaban guantes y que la mayoría (no hablo de la que se sientan detrás del banco ministerial sino de la numérica) tenían uno en la mano con el que jugueteaban mientras discutían, salió precipitadamente del cuerpo legislativo, y en el primer almacén que halló al paso entró pidiendo guantes. Calzóle un par la guantera, y, como viese pintada la extrañeza en el semblante de nuestro héroe, le preguntó:

—Se le ofrece á usted algo más.

—Claro está—dijo el interpelado;— espero el otro.

—¿Qué otro?

—¡Pues toma! El del «jugueteo».

FIN







